
En los Montes

Arturo Reyes

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7290

Título: En los Montes

Autor: Arturo Reyes

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 24 de diciembre de 2021

Fecha de modificación: 24 de diciembre de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

I

—Veinte años mal contaos son los que tiée y veinte mil millones se necesitarían pa poer decir tó lo retegüena moza que es Loli ha la Pizarrera.

—Eso serán los ojos conque tú la miras: con ojos de potrico cartujano!

—No jeñó y que no soy yo sólo el que lo ice; que lo icen tós los que no son múos en la provincia. Suponte tú una jembraque pueé darle un beso, sin empinarse, en la peineta á un ciprés; con un pecho en el que se puéen tender manteles; con un talle tábiroque es un esparto; con unas caeras más reondas que la copa e un pino; con una mata de pelo rizado que le pueé servir de túnica á un nazareno; con unos ojos que son dos soles; con una boca que es la flor de la maravilla, con una...

—Basta, hombre, basta ya, que me está entrando, oyéndote, una canina que no veo, y tenemos er pan á una legua de la dentaura.

—Pos no te digo tiá si la vieras y si oyeras er metal de su voz; como que yo cá vez que platico con ella, me tengo que dir y meterme en cama y que llamar al méico.

—Y esa jembra, te tiéeá ti voluntá?

—Hombre, te diré: á mí unas veces me paéce que sí y otras veces me paéce que no pero jueron mis padres conmigo tan poco rumboos cuando me jocharon ar mundo, que la verdá es que cuando me pongo á la vera de ese proigio, en cuclillas paece que estoy, y eso que me estiro jasta lastimarme las coyunturas!

—Es que los hombres no se mien por varas como la muselina morena,

—Eso igo yo; pero no lo dirá ella; y aluego, como el *lotovias* me está jaciendo guerra galana, y er *Totovías*, si ella pueé besar la copa de un ciprés, el pueé darle un cabezazo á la luna, y además es mu güen mozo, por más que sea más tonto que *Pichóte*; y como además tieé leña arrejuntá pa calentarse toa la vía, por más que séa más cerrao de fartriguera que las puertas pa el matute; pos velay tú, las de Caín son las que yo estoy pasandol

—Y crees tú que Dolores está más por el *Totovías* que por tu presona?

—Mia tú, yo creo que sí y creo que no; yo creo que le gusta más en él el tronco y en mí el fruto; que si yo le llegara tan siquiera á la barba me corgaba yo á la bandola al *Totovías*.

—Y oye tú ¿ese *Totovías* es tan tonto como su hermano el *Chaparrales*, que es el que yo conozco una miaja?

—No, tanto, no, muchísimo, pero que muchísimo más que el *Chaparrales*!

—Pos oye tú; quisiera yo conocer á ese fenómeno!

—Pos esta tarde te espero en el cruce del *Pisaverde* y mos iremos allá; cabalmente como he platicao tantas veces de tu presona, se alegrarán los *Pizarreros* de verte por sus cubrí les.

—Conforme de toita conformiá.

Y dicho esto estrechó, el *Chiquitín* la mano del *Niño del Pajarero*, echóse al hombro la vizcaína y se alejó ágil y

gallardo por la Torrentera del Molino.

II

Gusto daba ver el lagarillo del *Pizarrero*, en la espléndida tarde otoñal en que conducimos á él á nuestros lectores, con su casa de paredes blanquísimas, con sus copudos árboles que sombrean el edificio; con sus viñas despojadas á la sazón de pámpanos y racimos y casi perdidas entre los matujos silvestres; con su huerta fértil y lozana; con sus á modo de reducidos bosques de naranjales y limoneros; con sus sendas que serpean como cubiertas de polvo de oro por entre apiñadas chumberas; con sus acequias sombreadas por guindos y por zarzales, entre cuyas fragantes espesuras lanzaba el mirlo sus notas argentinas, y con sus rozas de tierra roja y fecunda en que una yunta arrastraba con desesperante lentitud el fuerte arado, que convertía el rastrojal en barbecho.

Dolores la *Pizarrera* descansaba de los fatigosos quehaceres del día, sentada en el muro adosado al edificio; ya la casa estaba que relucía de limpia y hervía á borbotones sobre los rescoldos del hogar la enorme puchera, y ya disponíase nuestra protagonista á sustituir el vestido del trabajo con las galas conque por las tardes avaloraba sus encantos, cuando los alegres ladridos del *Perdiguero*, un garabito de aspecto imponente, anunció la llegada del famoso *Totovías*.

—Güeñas tardes, paloma—exclamó éste aproximándose lenta y torpe y desgarbadamente á la muchacha, y aproximándose que hubo á ella, colocóse debajo del brazo un á modo de bastón según afirmaba su dueño, y á modo de palo de mesana según nosotros; colocó en triángulo las fornidas piernas para mejor conservar el equilibrio, echó manos á la faja, sacó un pañuelo que más que tal parecía una colcha camera, y se limpió el sudor, que le corría casi á borbotones

por la reducida frente y por los relucientes y mofletudos carrillos.

Dolores contempló sonriendo afectuosamente al Totovías y

—Ven con Dios, milano—repúsole con voz tan sonora como si fuera producida por un crótalo de cristal.

—Y tu páe? Por aónde anda tu páe?

—Ha díó al jigueral.

—¿Y tu máe; aónde ha díó tu máe?

—Está arriba.

—Y er *Chiquitín*, ha venío hoy?

—Entoavía no ha vinío.

—Pos me alegro; si jeñora, que me alegro de que no haiga vinío.

—Y poiqué te alegras?

—Pus poiqué... por eso mismamente.

Y el Totovías, no atreviéndose sin duda á exteriorizar su pensamiento, enmudeció lleno de turbaciones.

—Pos tan y mientras tú lo piensas, voy yo á meter la carita en lo que dan los manantiales.

Y dando media vuelta, penetró en el hogar la Pizarrera, poniendo de relieve al andar con paso lento y rítmico, sus tentadoras curvas y sus arrogantes gallardías.

El recién llegado quedósele mirando con ojos llenos de ternuras y deseos, y penetrado que hubo en la casa Dolores, sentóse aquél en el poyo y murmuró sacando una petaca capaz de contener holgadamente una preusada de *Canillas*:

—Pos señó, por tonto y por majaero que me parió á mí mi mae, se me vá á correr el pájaro y me lo vá á marcórnar ese saltamonte de Perico; y como me lo marcóme ese saltamonte, lo voy á cojer y lo voy á meter en un panal pa que los zánganos se lo coman.

Y hubiera seguido platicando solo seguramente el Totovías, á no aparecer en escena en aquel momento el Tarajalcs agobiado y casi oculto del todo por una carga de reseo tomillo y de bien oliente retama.

—Camará, es usté ú es er pollino?—exclamó el Totovías al ver avanzar hacia él aquella enorme carga de resecos y perfumados matujos.

—A ver si me ayúas, arma condená—gritó una voz cascada bajo la reseca leña; y llegádose que hubo al dueño de la voz el Totovías y librádolo que hubo también de la enorme carga, vió aparecer la sudorosa y escuálida figura del tío Juan el Tarajales.

—Y ¿cómo tú por aquí tan trempano, Totovías?

—Qué quié usté que jaga si estoy más loco que un garduño acorralao? Como que me voy á morir; como que ni duermo ni asosiego; como que no me alimento más que de la raiz del querer.

—Pos di tú que alimenta esa raiz más que un venao!

—Estas que yo tengo no son carnes; son esazones y celeras, que como no me caben en el corazón, pos es natural, se me reparten por to el cuerpo.

Y tras algunos instantes de silencio, continuó, dirigiéndose al leñador que había quedado también en silencio:

—Y por aonde se ha dejao usté al Pizarrero?

—En la linde del Belonés me lo dejé mismamente.

Y mientras el Totovías dirigíase en busca del Pizarrero, murmuró el Tatajales con acento quejumbroso:

—Qué lástima que sea tan bruto! Porque lo que es como güen mozo, lo es; y como güen corazón, mu pocos serán los que puean golpearle los nuillos contra el tablero.

III

El llano de la casa, una espaciosa planicie rodeada de macizos de margaritas y geránios en flor y por algunos árboles de sombra, presentaba un animado golpe de vista.

Bullían en él alegremente Dolores la *Pizarrera*, tocado de flores el abundantísimo cabello y sobre los hombros un pañolón granate de crespón, departiendo con las hijas del de los *Tomülares*, que también engalanadas con los trapitos de cristianar habían descendido de su casa del monte para saludar á los *Pizarretos*. La madre de Dolores flaca y de reducida estatura, parecía orgullosa como siempre, al mirar á su hija, de haber echado al mundo tan espléndido retoño, y alrededor de las muchachas mariposeaban alegremente el *Totovías*, el *Chiquitín* y el *Niño del Pajarero*, mientras el *Pizarrero* y el *Tarajales* fumaban y charlaban gravemente, medío tumbados al pie de uno de los copudos algarrobos.

El *Totovías* empezaba á sentirse con ganas de echarlo todo á barato; al ver como el *Niño* andaba desde que llegó buscándole las cosquillas ayudado del *Chiquitín* que lo aturdía con sus chispeantes decires é intencionadas donosuras,

Las hijas del de los *Tomillares* sentíanse mortificadas por las pocas atenciones de que eran objeto por parte de los mozos y

—Vamos á jacer algo que nos distraiga—exclamó la mayor de ellas encarándose con Dolores.

—Pos más vivo—repúsole ésta—qué es lo que vamos á jacer que más sea de tu gusto?

—Pos vamos á que er *Chiquitín* toque la guitarra y mosotras cantaremos.

—Sí, sí, eso es, nosotras cantaremos—repitió con acento alborozado la hermana menor, confiadísimá en ser la triunfadora, como casi siempre le ocurría en aquella clase de lides.

—Eso será—gritó el *Chiquitín*—si yo quiero tocar de balde.

—Y lleva osté mu caro por jacer esas monerías?—preguntóle con acento irónico la *Pizarrera*.

—No jeñora que es mu barato; poique lo que yo pío pa jacello hoy, es esa flor que tiee usté como puesta por los mismísimos ángeles en su matita de pelo rizado.

Casi no había terminado de hacer su petición el *Chiquitín*, cuando ya Lola, con la flor en la mano, parecía dispuesta á satisfacer la exigencia del mozo, cuando una mirada triste, tristísima, una mirada grotescamente dolorosa que éste puso en ella, vino á detenerla en sus propósitos; y tras un instante de incertidumbre:

—Es esta la flor que usté píe?—preguntóle al *Chiquitín* mostrándosela con aire turbado.

—«Esa mesmita; esa es la que quíeo yo guardar en mi corazón», como si juera mesmamente una reliquia.

—Pos lo siento, pero ésta no puee usté guardalla tan jondo, poique no es usté solo el que me la tiee pidia.

—Pos to se puée arreglar—exclamó el *Niño del Pajarero* acercándose á Dolores, no sin sonreirle antes furtiva y maliciosamente al *Chiquitín*.

—Y cómo?—preguntó una de las del *Tomillares* sonriéndole al *Niño* con los ojos á la vez que con los labios.

—Pos verá usted como es la cosa más lisa que un palustre; y si no, verá usted; déme usted la flor; esta flor será pa quien se la sepa ganar.

Y tomándola de manos de la *Pisan era*, dirigióse á uno de los árboles más débiles de los que rodeaban el edificio, y arrojando hábilmente la flor á lo más alto de sus ramas, añadió dirigiéndose á los risueños espectadores;

—Er que quiea oro que lo sué; vamos á ver quién es er guapo que se gana la bandera.

Todos aplaudieron la ocurrencia del *Niño*; hasta la misma *Dolores* no le supo mal que se librara por una flor suya tan acrobático torneo, solo el *Totovías* no aplaudió; sólo éste miró de modo uraño y agresivo al *Chiquitín* y ál *Niño del Pajarero*.

—Y quién, quién vá á ser el primero en subir á la cucaña?—preguntó el *Chiquitín* con acento alborozado.

—Er *Totovías*! er *Totovías* primerol—gritaron las del de los *Toinülares*, asociándose de todo corazón á la jugarreta del *Niño*.

—Güeno, el *Totovías* será el primero—gritó éste,—pero que se sepa que hay que cojer la flor con toas las de la ley y que no se permite tirar piedras ni valerse de carrizos ni de escaleras.

—No, er *Totovías* nó—gritó *Dolores* sintiendo reaccionar en ella su índole generosa;—que es mucho hombre pa tan poquísimo árbol y se puée romper la rama y... vaya que no quiéo yo eso; que no me dá á mí la repotentísima gana.

—Déjalo, que no me caigo—exclamó el *Totovías* con voz y en actitud llenas de resolución y sin dejar de mirar rencorosamente al *Chiquitín* y al *Pajaero*.

Y adelantándose decidido, llegó al árbol entre cuyo verde

ramaje blanqueaba allá en lo más alto, la flor que poco antes luciera en su pelo la mujer querida; afirmó bien los pies sobre el endurecido suelo, restregóse briosamente las manos; abrazóse después al débil tronco; transcurrieron algunos segundos, durante los cuales fuéese enrojeciendo el semblante al Totovías, se hincharon amenazando estallar las venas de su frente y de pronto, tras atirantar sus músculos en formidable tensión, crugieron sus huesos como si se rompieran y

—¡Qué bruto, pero qué brutol—gritó la concurrencia, asombrada al ver como al terrible esfuerzo del Totovías, tumbábase lentamente el árbol dando al aire sus desenterradas raíces.

IV

—Y er Chiquitín y el Niño del Pajarero, han venio?—preguntaba al día siguiente el Totovías ¿Dolores, que sentada sobre el muro adosado al edificio, contemplaba llena de admiración y ternura, á su formidable enamorado, al que repuso encogiéndose desdeñosamente de hombros;

—Cá, esos ya no güerven más por aquí, ni por rúa pa un remedío.

Y la verdá, Olores, dime la verdá; te da á ti pena que no venga más er Chiquitín á este aguaero?

Dolores meditó un instante, y después, acariciando con sus ojos al Totovías un momento y clavándolos después en tierra con expresión turbada, y doblando y desdoblando maquinalmente un pico del delantal le repuso:

—No... no me daría pena... pero que ninguna pena.

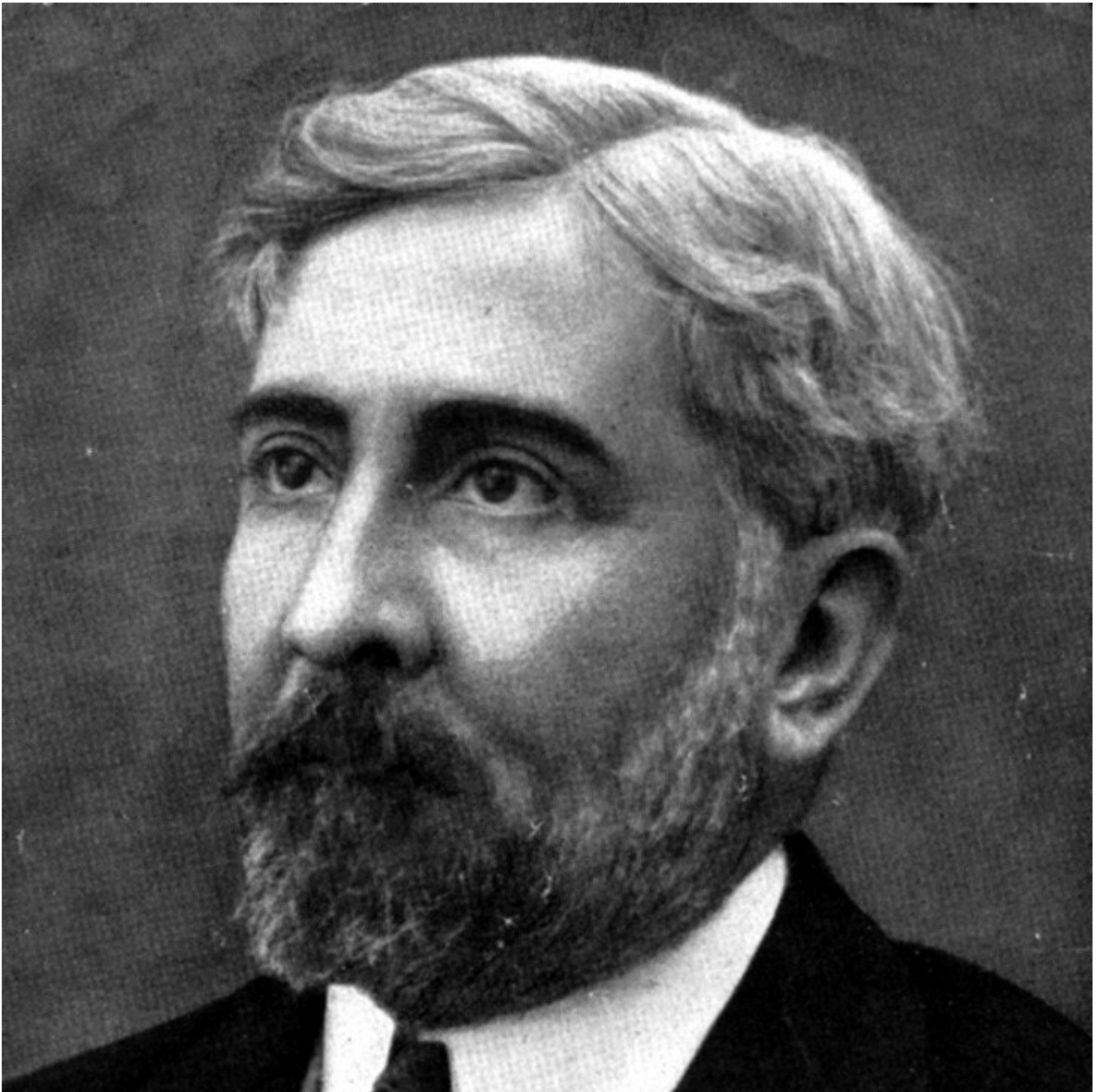
—Y si fuera yo en lugar de él, te daría pena5—preguntóle el mozo temblando de emoción.

La muchacha posó sus grandes ojos en el Totovías con expresión tímida, inclinó la cabeza después y

—Sí... Joseito... sí... que me daría pena—pero que muchísima pena, balbuceó dulcemente.

Y terminado que hubo el amoroso diálogo, quedaron ambos en silencio, contemplándose como sumergidos en voluptuoso éxtasis y acariciados por los últimos rayos del sol, que vestía el horizonte de púrpura y de oro.

Arturo Reyes



Arturo Reyes Aguilar (Málaga, 29 de septiembre de 1864 - íd., 17 de junio de 1913) fue un poeta lírico, periodista y narrador español.

Su madre lo abandonó cuando apenas tenía un año, a causa de problemas conyugales con su esposo. Estudia en el Colegio del Arcángel San Gabriel idiomas y contabilidad. A los doce años queda huérfano de padre y debe interrumpir sus

estudios por problemas económicos; trabaja como recadero, zapatero y dependiente y se forma de manera autodidacta, descubriendo la poesía de José de Espronceda. Se casa con Carmen Conejo Guillot el 14 de junio de 1884. Colabora en El Correo de Andalucía y en El Cronista; de esta última publicación será redactor casi toda su vida. Con sus amigos Narciso Díaz de Escovar y José Ruiz Borrego crea un centro docente de teatro para jóvenes en 1886: la "Academia Provincial de Declamación". En 1888 logra publicar en Madrid, con el apoyo de su maestro Martínez Barrionuevo, una colección de narraciones breves: El Sargento Pelayo.¹ En 1889 colabora en el semanario El Renacimiento e imprime su primer poemario en Málaga, Ráfagas, y en 1900 la novelita ¡Estaba escrito!. En 1891 publica una colección de versos con el título de Íntimas y consigue dos premios municipales; eso le anima a colaborar en numerosos periódicos (La Unión Mercantil, El Álbum, el Correo de Andalucía, la Ilustración Española...).